

Capítulo 2

Culturas históricas marxistas, «antifascismo» y el legado del pasado: Europa occidental, 1945-1990

ARND BAUERKÄMPER

El «antifascismo» fue un pilar fundamental de las culturas históricas marxistas de Europa occidental en los primeros años de la posguerra y durante la Guerra Fría. Funcionó como fuente de identificación y legitimación no solo para comunistas, sino también para intelectuales y políticos marxistas. Sus adversarios, por su parte, condenaron el «antifascismo» como azote y lo asociaron con las dictaduras comunistas de Europa del Este tras los años 1947 y 1948. Sin lugar a duda, el concepto debe ser considerado un elemento esencial de la ideología comunista entre los años veinte y la década de los ochenta. Era muy selectivo, al destacar la resistencia contra el fascismo en general y el papel de los comunistas en ella en particular. Con todo, en los primeros años de la posguerra, los socialistas y algunos partidos liberales continuaron expresando y difundiendo sus versiones particulares y no comunistas de «antifascismo» en Europa del Este. En cambio, a finales de los cuarenta y con el inicio de la estalinización, los partidos comunistas se hicieron con el control político exclusivo del concepto en la mayoría de los países de Europa del Este. Así, el «antifascismo» se convirtió en dogma y en herramienta de gobierno dictatorial, especialmente después de la creación de la Kominform en Szklarska Poręba (Polonia) a fines de septiembre de 1947.¹

1 H. García, M. Yusta, X. Tabet y C. Clímaco, (eds.) *Rethinking Antifascism: History, Memory and Politics, 1922 to the Present* (Nueva York: Berghahn, 2016). Sobre la GDR, véase A. Bauerkämper. *Das umstrittene Gedächtnis. Die Erinnerung an Nationalsozialismus, Faschismus und Krieg in Europa seit 1945* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2012), pp. 195-97; J. Michelmann. *Aktivisten der ersten Stunde. Die Antifa in der Sowjetischen Besatzungszone* (Colonia: Böhlau, 2002), especialmente, pp. 355-73. Cuando se utiliza en mayúsculas, el término «Fascismo» se refiere a la variante italiana, mientras que «fascismo» es el concepto genérico.

En Europa occidental, sin embargo, el «antifascismo» siguió siendo un paradigma ambiguo y ecléctico que sirvió a diferentes fines y propósitos. Sus usos abarcaron desde la oposición franca contra movimientos y partidos fascistas hasta la instrumentalización política manifiesta por parte de miembros de partidos comunistas con el fin de justificar sus doctrinas marxistas ortodoxas. Por ejemplo, el «antifascismo» fue una llamada de concentración para los estudiantes en las protestas de los sesenta y para grupos ambientales y feministas de la década siguiente. En algunos países europeos, el concepto también sirvió para justificar el rechazo de la energía nuclear. De esta forma, el «antifascismo» debe ponerse en relación con contextos históricos concretos. Como este trabajo pretende mostrar, fue uno de los puntos de referencia más importantes en la cultura histórica marxista occidental durante la Guerra Fría.²

Incluso nada más terminar la Segunda Guerra Mundial, el «antifascismo» fue un dogma ideológico, un llamamiento a la concentración política y un paradigma en la investigación. En conjunto, sirvió de código político y cultural que determinados agentes emplearon para fines diferentes y en ocasiones incluso contradictorios. En Europa occidental, los partidos comunistas no fueron ni mucho menos los únicos que se valieron del concepto, sino que también lo hicieron socialistas, democristianos e incluso conservadores. Todos estos grupos políticos trataban de legitimar y consolidar sus respectivos programas y agendas de renovación «antifascista» tras el fin del nacionalsocialismo, el fascismo, la ocupación y la guerra. Dado que los comunistas se opusieron firmemente (aunque no en todo momento) al fascismo y al nacionalsocialismo, su adhesión al «antifascismo» les daba credibilidad y respaldo. No es casual que los partidos comunistas de importantes países de Europa occidental ganaran miembros en los primeros años de la posguerra. A la altura de 1946, el Partito Comunista Italiano (PCI) y el Parti Communiste Français (PCF), en particular, se habían convertido en partidos de masas. Mientras que el PCI tenía 1,7 millones de afiliados a fines de 1945, el PCF contaba con el apoyo de 900 000 «camaradas» en 1946. Incluso la afiliación del relativamente pequeño Communist Party of Great Britain (CPGB) subió de 18 000 a 45 000 miembros en los seis años transcurridos

2 En general, véase H. Münkler. «Antifaschismus und antifaschistischer Widerstand als Gründungsmythos der DDR», *Politik und Zeitgeschichte*, 45, 1998, 16-29.

entre 1939 y 1945. Los comunistas participaron en los gobiernos de nueve países de Europa occidental y colaboraron de manera frecuente con los socialistas para dar forma a una renovación social y política de base.³

A pesar de que el amplio, aunque delicado, consenso sobre el «antifascismo» se desmoronó a fines de los años cuarenta, el término y el concepto sirvieron para inspirar la transición a un orden económico y social destinado a proteger a los europeos occidentales del resurgimiento del fascismo. A excepción de los liberales, que abrazaron sin ambages la economía capitalista de mercado, casi todos los partidos integran elementos de planificación económica y construcción social en sus conceptos del orden de posguerra. Sin embargo, en Europa occidental fueron los partidos comunistas los que respaldaron el «antifascismo» de manera más clara y explícita. Tras perder su influencia en los gobiernos de los países democráticos a fines de los cuarenta, defendieron el «antifascismo» para oponerse de plano a la economía capitalista de la sociedad burguesa. El paso a una concepción más cerrada fue promovido por los comunistas soviéticos ya a finales de 1947. Con motivo de la creación de la Kominform, los delegados de la URSS echaron en cara a los comunistas franceses e italianos su fracaso a la hora de movilizar a la población contra los gobiernos «burgueses». Del mismo modo, los comunistas yugoslavos condenaron a sus «camaradas» italianos y franceses por la adhesión constante al concepto de una «democracia del pueblo» amplia. El PCF siguió el ejemplo y adoptó la doctrina oficial de los «dos campos», reduciendo así el atractivo del «antifascismo». La doctrina de la Kominform fue especialmente devastadora en los pequeños partidos comunistas de Europa occidental. El CPGB, por ejemplo, quedó aislado políticamente tras su compromiso abierto con el «campo» soviético en febrero de 1948. El líder del partido laborista y primer ministro, Clement Attlee, tomó la determinación de acabar con la presencia de comunistas en los poderes públicos. Por su parte, los políticos del PCI no renunciaron a la pretensión de conseguir un apoyo masivo, aunque recurrieron a la «autocrítica» para reducir la creciente presión de la URSS. Al mismo tiempo, los comunistas italianos respaldaron las

3 H. Kaeselit. «Positionen westeuropäischer Kommunistischer Parteien im Übergang zur Politik des Kalten Krieges», *Utopie kreativ*, 96, 61-70, 1998, pp. 61 y ss.

huelgas tanto como sus «camaradas» franceses y se mantuvieron en colaboración con socialistas.⁴

En líneas generales, sin embargo, el concepto de una amplia alianza «antifascista» se derrumbó con el inicio de la Guerra Fría. Solo los movimientos de protesta de los sesenta le dieron al «antifascismo» la oportunidad de revivir. Con la radicalización de la agitación estudiantil al final de la década en países como Francia, Italia o Alemania Occidental, incluso se aclamó a las dictaduras comunistas de Europa del Este o China como heraldos del «antifascismo». Especial es el caso de Italia y Francia, donde los terroristas de izquierda reclamaron también el legado «antifascista» de la Resistenza y la Résistance, respectivamente. No fue casual que usaran armas de los antiguos combatientes de la resistencia en sus atentados. En los países que fueron ocupados por el Tercer Reich, especialmente, amplios grupos sociales y partidos políticos influyentes recurrieron al antifascismo como herramienta para distanciarse de la cada vez más influyente República Federal de Alemania. Incluso algunos de estos países de Europa occidental, que oficialmente eran aliados del nuevo estado alemán, simpatizaron con la antagonista RDA como la supuesta «mejor Alemania», si bien es cierto que esas simpatías se mantuvieron reducidas, al verse obligados a tomar en consideración las políticas de sus socios de Alemania Occidental. La cooperación en la OTAN y en la Comunidad Económica Europea impidió que los gobiernos de Europa occidental brindaran un apoyo abierto a la RDA en nombre del «antifascismo». Tampoco hay que olvidar el temor hacia la dictadura comunista de Alemania Oriental que se oponía en esencia a sus constituciones democráticas y liberales.⁵

- 4 H. Kaeselitz. *Positionen... op. cit.*, pp. 64-70. Sobre el contexto general: W. Müller. «Die KPdSU und Europa im Kalten Krieg: Blockpolitik im Osten, Antiblockpolitik im Westen», en F. Di PalmayW. Müller (eds.) *Kommunismus und Europa. Europapolitik und -vorstellungen europäischer kommunistischer Parteien im Kalten Krieg* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2016), pp. 29-51, en p. 30 s.
- 5 A. Bauerkämper. «Ein asymmetrisches Verhältnis. Gesellschaftliche und kulturelle Kontakte zwischen Großbritannien und der DDR von den sechziger bis zu den achtziger Jahren», *Archiv für Sozialgeschichte*, 45, 2005, pp. 43-58; A. Bauerkämper. «Einleitung: Großbritannien und die DDR. Wahrnehmungen, Beziehungen und Verflechtungen im Ost-West-Konflikt», en A. Bauerkämper (ed.) *Britain and the GDR: Relations and Perceptions in a Divided World* (Berlín: Philo, 2002), pp. 7-41, en pp. 17-20.

En los apartados siguientes, vamos a reconstruir los ambiguos recursos al antifascismo en las culturas históricas marxistas de cuatro importantes países de Europa occidental: Gran Bretaña, Austria, Italia y Francia. La investigación se centrará en dos niveles: el marco político global y las culturas políticas marxistas. Sostendremos que las tensiones con la República Federal de Alemania alimentaron el «antifascismo» como pilar de las culturas históricas marxistas de esos países. En particular, las sospechas, los rumores y el conocimiento sobre el papel de antiguos nazis en la República Federal prestaron cierta credibilidad a las pretensiones antifascistas más allá de los confines de los partidos comunistas. En general, este capítulo se propone cubrir una laguna en la investigación histórica, que se ha centrado en gran medida en la RDA, mientras que se han dedicado pocos estudios comparativos al «antifascismo», a pesar de que es evidente que este concepto complejo cruzó las fronteras de los estados nacionales.⁶

El «antifascismo» en Gran Bretaña: el declive como gran potencia y las relaciones con los dos estados alemanes

Aunque oficialmente se atuvieron a la política de no reconocimiento de Alemania Occidental, los gobiernos británicos respaldaron una reconciliación entre los dos estados alemanes ya a finales de los años cincuenta. En desacuerdo con el bloqueo de todas las iniciativas de los gobernantes del socialismo de estado de la RDA por parte de Alemania Occidental, el gobierno de Harold MacMillan contactó clandestinamente a la Unión Soviética para resolver la crisis de Berlín de 1959. A pesar de que Gran Bretaña tenía un margen reducido de maniobra política antes del Tratado Básico firmado en 1972 por los gobiernos de los dos estados alemanes, el milagro económico de la RFA no solo despertó asombro y admiración entre los observadores británicos, sino también inquietud. Ante el declive de su propio país, el ascenso de Alemania Occidental para convertirse en un importante actor político europeo despertó tanta envidia como en otros países de Europa occidental, como Francia y

6 Una excepción importante, en T. Kroll. *Kommunistische Intellektuelle in Westeuropa. Frankreich, Österreich, Italien und Großbritannien im Vergleich* (Colonia: Böhlau, 2007).

los Países Bajos. Tras ser una de las naciones victoriosas de la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña tuvo que hacer frente a la pérdida de influencia política en la arena internacional. Al mismo tiempo, influyentes políticos británicos —especialmente conservadores— seguían aferrados a la arraigada doctrina del «equilibrio de poder» que pretendía evitar el predominio de una nación en el continente europeo. Ante la transformación de la política europea y mundial, la RDA fue valorada como alternativa «antifascista» a la todopoderosa República Federal no solo entre políticos del CPGB y del partido laborista. La República Democrática de Alemania era vista como una Alemania más débil pero moralmente superior a la RFA y merecedora, por tanto de algún respaldo. Mucho más allá del ámbito de la alta política, las culturas históricas marxistas en general y la adhesión al «antifascismo» en particular se valieron de este sentimiento y de la percepción de inferioridad británica respecto a la poderosa aliada Alemania Occidental.⁷

El respaldo a la RDA no estuvo menos arraigado en la cultura de la memoria de Gran Bretaña que destacaba la resistencia y el éxito de la lucha contra la Alemania nacionalsocialista entre 1939 y 1945. Ya en la Segunda Guerra Mundial, destacados políticos británicos crearon, propugnaron y difundieron el relato de una heroica «guerra del pueblo». Después de 1945, este mito sirvió para resarcir por el declive de Gran Bretaña como gran potencia global que se acentuó con la independencia de la India (1947) y la crisis de Suez (1956). El concepto de «guerra del pueblo» adoptó símbolos de martirio y resurrección. Se popularizó como una defensa heroica basada y respaldada por una comunidad supuestamente igualitaria de británicos. Las series de televisión (como *Dad's army*, emitida entre 1968 y 1977) popularizaron esta interpretación tan selectiva de la historia británica reciente. Exposiciones como

7 M. Howarth. «Das Berliner Dreieck. Großbritannien und die beiden deutschen Staaten 1989/90», *Deutschland Archiv (DA)*, 34, 955-66, 2001, en p. 956 (versión extensa: M. Howarth. «The Berlin Triangle. Britain and the Two German States in the 1980s», en A. Bauerkämper (ed.) *Britain*, pp. 173-98). Véase también K. Larres. «Britain and the GDR: Political and Economic Relations, 1949-1989», en K. Larres y E. Meehan (eds.) *Uneasy Allies: British-German Relations and European Integration Since 1945* (Oxford: Oxford University Press, 2000), pp. 63-98, en p. 69; S. Lee. «Perception and Reality: Anglo-German Relations During the Berlin Crisis 1958-1959», *German History* 13, 1995, 47-69, en p. 69.

las del Imperial War Museum y el Winston Churchill Museum (inaugurado en 1992) también ensalzaron la experiencia de unidad nacional en el Blitz de la aviación alemana que acabó con la vida de miles de británicos entre 1940 y 1941. Hasta después de la Guerra Fría, no se puso en cuestión esta memoria nacionalista y heroica predominante de la Segunda Guerra Mundial. En 1992, la controversia sobre el monumento de *sir* Arthur Harris, comandante en jefe del Mando de Bombardeo de la RAF, puso de manifiesto las fisuras y tensiones en la cultura de la memoria de Gran Bretaña.⁸

Mientras que la República Federal sucedió de forma oficial al estado nazi del 31 de diciembre de 1937 (esto es, sin Austria ni los Sudetes), los gobernantes de la RDA subrayaron y difundieron su postura y sus políticas «antifascistas» particulares. Al contrario de Austria, Francia e Italia, Gran Bretaña no estuvo ocupada por la Alemania nazi. Así, las islas británicas sirvieron de refugio para algunos comunistas alemanes durante la guerra. Por ejemplo, políticos comunistas que llegaron a ser altos cargos públicos en Alemania Oriental después de 1949 participaron en la lucha de resistencia contra los nacionalsocialistas y tras la toma del poder de los nazis huyeron a Gran Bretaña desde donde elaboraron programas y planes de una nueva Alemania «antifascista» en la posguerra, entre ellos, el diputado del Reichstag, Wilhelm Koenen (dirigente de la Liga de los Jóvenes Comunistas en la República de Weimar), Kurt Hager (uno de los políticos más influyentes de la RDA en los años setenta y ochenta) y el economista Jürgen Kuczynski, que también trabajó para la inteligencia militar soviética en Londres. También se refugiaron en Gran Bretaña el historiador Alfred Meusel y Horst Brasch (que dirigiría organizaciones de amistad en la RDA y fue nombrado viceministro de

8 L. Noakes. «Making Histories: Experiencing the Blitz in London's Museums in the 1990s», en M. Evans y K. Lunn (eds.) *War and Memory in the Twentieth Century* (Oxford: Berg, 1997), pp. 89-104, en pp. 90, 96 s., 99-101; A. Syriatou. «Großbritannien. Der Krieg wird uns zusammenhalten», en M. Flacke (ed.) *Mythen der Nationen. 1945 – Arena der Erinnerungen*, vol. 1 (Mainz: Philipp von Zabern, 2004), pp. 285-313, en p. 291; J. Ramsden. «Mythen und Realitäten des "People's War" in Großbritannien», en J. Echterkamp y S. Martens (eds.) *Der Zweite Weltkrieg in Europa. Erfahrung und Erinnerung* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2007), pp. 65-77, en pp. 72-74, 77; y D. Süß. *Tod aus der Luft. Kriegsgesellschaft und Luftkrieg in Deutschland und England* (Múnich: Siedler Verlag, 2011), pp. 484-501, 554-61.

Cultura en 1966). Las experiencias y las memorias de estos comunistas y sus simpatizantes británicos influyeron en las relaciones políticas y culturales entre la RDA y Gran Bretaña hasta los años ochenta.⁹

Ya en los años cincuenta, políticos de Gran Bretaña y de Alemania Oriental renovaron contactos o entablaron nuevas relaciones. Políticos laboristas como Arthur Lewis y William Owen visitaron la RDA, en particular para extender el comercio con el país. Los dirigentes del Partido Socialista Unificado de Alemania (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, SED) trataron de valerse de sus contactos con prominentes figuras británicas en su campaña por el reconocimiento diplomático y la mejora del estatus diplomático de Alemania Oriental en la política internacional. Materiales de propaganda como el *Democratic German Report* del antiguo periodista de Reuters John Peet ensalzaban la RDA como modelo de «auténtico antifascismo». En cuanto a las relaciones culturales, la compañía Berliner Ensemble de Bertolt Brecht visitó Londres en 1956 para una serie de representaciones teatrales. Del mismo modo, la famosa orquesta sinfónica de Leipzig tocó en Londres en 1958, promo-

9 M. Keßler. *Exilerfahrung in Wissenschaft und Politik. Remigrierte Historiker in der frühen DDR* (Colonia: Böhlau, 2001); L. Kettenacker. «Englische Spekulationen über die Deutschen», en G. Trautmann (ed.) *Die häßlichen Deutschen? Deutschland im Spiegel der westlichen und östlichen Nachbarn* (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1991), pp. 194-208, en pp. 196 s., 199 s., 207; H. Hoff. *Großbritannien und die DDR 1955-1973. Diplomatie auf Umwegen* (Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 2003), pp. 470, 475 s.; H.-G. Golz. *Verordnete Völkerfreundschaft. Das Wirken der Freundschaftsgesellschaft DDR-Großbritannien und der Britain-GDR Society-Möglichkeiten und Grenzen* (Leipzig: Leipziger Universitätsverlag, 2004), pp. 114, 274, 276; y J. Scholtyssek. *Die Außenpolitik der DDR* (Múnich: Oldenbourg, 2003), en p. 116. Sobre Brasch, Koenen, Kuczynski y Meusel: M. Broszat y H. Weber, *SBZ-Handbuch. Staatliche Verwaltungen, Parteien, gesellschaftliche Organisationen und ihre Führungskräfte in der Sowjetischen Besatzungszone Deutschlands 1945-1949* (Múnich: Oldenbourg, 1990), pp. 876, 958, 978. Wilhelm Koenen participó en la fundación de la Deutsch-Britische Gesellschaft in der DDR en 1963. Véase B. Becker. *Die DDR und Großbritannien 1945/49 bis 1973. Politische, wirtschaftliche und kulturelle Kontakte im Zeichen der Nichtanerkennungspolitik* (tesis doctoral, Universität Bochum, 1991), p. 251. Sobre Kuczynski: M. Stibbe. «Jürgen Kuczynski and the Search for a (Non-existent) Western Spy Ring in the East German Communist Party in 1953», *Contemporary European History*, 20, 2011, pp. 61-79, sobre todo pp. 65-67. Sobre Hager: A. Herbst, W. Ranke y J. Winkler. *So funktioniert die DDR, Bd. 3: Lexikon der Funktionäre* (Reinbek: Rohwolt, 1994), pp. 124 y ss.

cionando así al menos implícitamente a la RDA como país de cultura. En el ámbito de la alta política, el Grupo Interparlamentario de la RDA (Interparlamentarische Gruppe der DDR) que Wilhelm Koenen fundó en 1955 fue un importante órgano de propaganda del SED en Gran Bretaña. Lo mismo puede afirmarse en gran medida de la organización de amistad Deutsch-Britische Gesellschaft, aunque sus contactos se restringieron a su homóloga Britain-Democratic Germany Exchange (fundada en 1965), al CPGB (que adoptó políticas reformistas entre los años 1947 y 1948) y a políticos de izquierda del partido laborista. En Gran Bretaña, los partidarios del reconocimiento diplomático de la RDA también se reunieron en el «Comité británico para el reconocimiento de la RDA». Estos compañeros de ruta del régimen de Alemania Oriental se sintieron principalmente atraídos por la ideología «antifascista» que compartían, al menos en parte. El «antifascismo» también alimentó las actividades políticas de laboristas de izquierda como Richard Crossman. Los gobernantes de Alemania Oriental trataron de conquistarlos con especial empeño, por no ser títeres evidentes del régimen comunista del país. Incluso algunos políticos conservadores de Gran Bretaña hicieron acercamientos a la RDA, ante el miedo y la irritación que despertaba en Europa la creciente influencia de la República Federal, especialmente su meteórico ascenso en el ámbito económico. Estos conservadores pretendían mantener un equilibrio de poder en el continente europeo todavía en la Guerra Fría.¹⁰

Aunque el peso político y la influencia de los simpatizantes británicos de la RDA eran reducidos, las relaciones y el intercambio entre ambos estados aumentaron a finales de los cincuenta. Los británicos que establecieron contactos con la RDA abrazaron al menos parcialmente el «antifascismo» de Alemania Oriental, contrapuesto a las interpretaciones exculpatorias y memorias apoloéticas predominantes todavía en la

10 S. Berger y N. LaPorte. *Friendly Enemies. Britain and the GDR, 1949-1990* (Nueva York: Berghahn, 2010), pp. 296 y s.; Kroll, *Intellektuelle... op. cit.*, pp. 566-91; Becker, *DDR... op. cit.*, pp. 248-253. Véase también K. Morgan. «Ein besonderer Weg oder ein Irrweg? Britische Kommunisten und die KPD/SED als stalinistisches Beispiel», en A. Bauerkämper y F. Di Palma (eds.) *Bruderparteien jenseits des Eisernen Vorhangs. Die Beziehungen der SED zu den kommunistischen Parteien West- und Südeuropas (1968-1989)* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2011), pp. 102-22. Tras el colapso de la RDA, Peet justificaba sus actividades como misión de paz. Véase J. Peet. *Der Spion der keiner war* (Viena: Europa Verlag, 1991), pp. 211-54.

RFA. En Gran Bretaña hubo duras críticas contra los antiguos nacional-socialistas que ocupaban entonces puestos de alto rango en el gobierno de Alemania Occidental, como el ministro de Refugiados Theodor Oberländer y el secretario de Estado Hans Globke –al frente de la Cancillería de Konrad Adenauer entre 1953 y 1963–, unas críticas que no se redujeron ni mucho menos al CPGB. Aunque Oberländer y Globke tuvieron que presentar sus renuncias en 1960 y 1963 respectivamente, la desnazificación parecía haber fracasado en Alemania Occidental, incluso entre las elites. Con estas cuestiones de fondo, el surgimiento del partido neonazi Nationaldemokratische Partei Deutschlands (NPD) renovó los recelos en Gran Bretaña. No solo comunistas de núcleo duro, sino también muchos socialistas y sindicalistas percibieron a la República Federal de Alemania como un bastión de nacionalsocialistas impenitentes, mientras que la legitimación política de la RDA como estado «antifascista» recibió un apoyo considerable y fue aplaudida entre numerosos académicos e intelectuales británicos que compartían las críticas por parte de Alemania Oriental hacia la continuidad de las élites en la RFA. El *Ausschuß für deutsche Einheit* de Albert Norden en el comité central del SED, organizaciones de amistad y el *German Democratic Report* de Peet condenaron la desnazificación en Alemania Occidental como poco entusiasta o incluso fallida, mientras que se presentaba a la RDA como la «Alemania mejor». Esto prestó credibilidad y legitimidad al «antifascismo» entre los políticos y académicos británicos.¹¹

- 11 L. Kettenacker. «Zwangsläufige deutsche Dominanz? – Über Konstanten britischer Europaperzeptionen», en *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte*, 26, 1997, pp. 235-49; S. Berger y D. G. Lilleker. «The British Labour Party and the German Democratic Republic During the Era of Non-Recognition, 1949-1973», en *Historical Journal*, 45, 2002, pp. 433-58, en pp. 446, 451, 457; S. Berger y D. G. Lilleker. «Blutrünstige Diktatur, das bessere Deutschland oder Stolpersteine auf dem Weg zu einer friedlichen Koexistenz? Die DDR im Blick der britischen Labour Party, 1949-1973», en A. Bauerkämper (ed.) *Britain... op. cit.*, pp. 235-65, en pp. 249-52; D. Childs. *British Labour and Ulbricht's State. The Fight for Recognition*, en A. M. Birke y G. Heydemann (eds.) *Großbritannien und Ostdeutschland seit 1918* (Múnich: K. G. Saur, 1992), pp. 95-106, en p. 103; D. Childs. «The Changing British Perception of the GDR: a Personal Memoir», en A. Bauerkämper (ed.) *Britain*, pp. 375-96, en p. 377 s.; Hoff, *Großbritannien... op. cit.*, pp. 307-14, en la campaña de propaganda del régimen socialista de Alemania Oriental contra Oberländer y Globke, véase M. Lemke. «Kampagnen gegen Bonn. Die Systemkrise der DDR und die West-Propaganda der SED 1960-1963», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*,

En general, la influencia creciente de la RFA en Europa y a escala mundial fue un lastre para todos los simpatizantes de la RDA en Gran Bretaña. Al igual que sucedió en la mayoría de los países de Europa occidental, como Francia, Italia y los Países Bajos, en Gran Bretaña calaron hondo unas conceptualizaciones amplias y vagas. Ante el temor y el recelo que despertaban el «milagro económico» de Alemania Occidental y el rearme de la República Federal, los simpatizantes británicos abrazaron incluso algunas de las pretensiones «antifascistas» de Alemania Oriental. Las percepciones del declive de Gran Bretaña ahondaron la inquietud ante el creciente poder económico y político de Alemania Occidental. Con estas perspectivas como telón de fondo, las pretensiones de reconocimiento diplomático de los gobernantes comunistas de Berlín Oriental parecieron adecuadas para mantener un equilibrio de poder en Europa. Este objetivo no solo fue abrazado por los gobiernos británicos e influyentes dirigentes de partidos, sino que también se basó en una identificación extendida con el régimen de Alemania Oriental por parte de estudiosos marxistas. Los historiadores Eric Hobsbawm, Edward P. Thompson y Perry Anderson, por ejemplo, respaldaron el «antifascismo» a través de una versión flexible del concepto. En sus trabajos sobre la clase obrera británica, destacaron el papel de las clases bajas y los grupos marginales en la historia de Gran Bretaña. También compartieron el compromiso de combate contra el «fascismo» y criticaron en consecuencia el «capitalismo» y el «gobierno burgués». Aunque estos intelectuales no brindaron un respaldo incondicional a las políticas del SED, los gobernantes de Alemania del Este supieron valerse de sus acreditaciones «antifascistas».¹²

41, 1999, pp. 153-74, en p. 162 s.; M. Lemke. «Instrumentalisierter Antifaschismus und SED-Kampagnenpolitik im deutschen Sonderkonflikt 1960-1968», en J. Danyel (ed.) *Die geteilte Vergangenheit. Zum Umgang mit Nationalsozialismus und Widerstand in beiden deutschen Staaten* (Berlín: Akademie, 1995), pp. 61-86, en pp. 66-68, 70-75; A. Weinke. *Die Verfolgung von NS-Tätern im geteilten Deutschland. Vergangenheitsbewältigungen 1949-1969 oder: Eine deutsch-deutsche Beziehungsgeschichte im Kalten Krieg* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2002), pp. 68-75, 141-57, 236-57; y P.-C. Wachs. *Der Fall Theodor Oberländer (1905-1998). Ein Lehrstück deutscher Geschichte* (Fráncfort del Meno: Campus, 2000), pp. 191-308. Para el Norte, Herbst, Ranke y Winkler, *DDR... op. cit.*, p. 245. Sobre la propaganda de Peet, véase Peet, *Spion... op. cit.*, pp. 226 s., 242.

12 Véase el capítulo de S. Berger en este volumen.

Austria: el mito de la «primera víctima» del nacionalsocialismo y la resistencia «antifascista»

En Austria, el concepto de «antifascismo» estaba unido de forma indisoluble a la resistencia contra el nacionalsocialismo. En particular, se recurrió a una interpretación selectiva de la Declaración de Moscú de las potencias aliadas del 30 de octubre de 1943 para reivindicar para los austriacos el papel de objetos de la ocupación nacionalsocialista. En 1943, las potencias aliadas subrayaron que Austria se convirtió en víctima de los nazis con la anexión a Alemania en marzo de 1938, aunque al mismo tiempo insistieron también en la responsabilidad de los austriacos como autores al participar en la opresión, el terror y los crímenes de guerra nazis entre 1938 y 1945. A pesar de esa interpretación en dos niveles, los líderes políticos de Austria consiguieron extender la reivindicación de su estatus de víctimas de las políticas expansionistas nacionalsocialistas, mientras que negaron la culpa y la responsabilidad de sus conciudadanos respecto a ellas. Tanto conservadores como socialistas lograron implantar esta visión apologética en la cultura de la memoria de Austria hasta la década de los ochenta. La persistencia de esta interpretación fue menos convincente que en países ocupados como Francia y los Países Bajos, porque no fue necesaria una conquista completa para someter a Austria al dominio nazi. De hecho, muchos austriacos dieron la bienvenida a la adhesión a Alemania, puesto que la demanda de unificación con el estado vecino era popular ya en 1919, cuando Austria tuvo que aceptar el Tratado de Saint Germain.¹³

Inicialmente, el mito de que los austriacos ofrecieron resistencia a las políticas de los nazis alemanes se basó en un consenso amplio entre los principales partidos políticos. Aunque el partido comunista (Kommunistische Partei Österreichs) solamente consiguió el 5,4 % de los votos en las elecciones generales del 25 de noviembre de 1945, formó parte del gobierno del país hasta 1947. Con el comienzo de la Guerra Fría, crecieron las diferencias en las interpretaciones de la oposición al dominio nazi. A partir de 1946, los políticos del Partido Popular de Austria

13 G. Bischof. «Die Instrumentalisierung der Moskauer Erklärung nach dem Zweiten Weltkrieg», *Zeitgeschichte*, 20, 1993, pp. 346-52, 359 (cita); R. Knight. «Der Waldheim-Kontext. Österreich und der Nationalsozialismus», en G. Botz y G. Sprengnagel (eds.) *Kontroversen um Österreichs Zeitgeschichte* (Fráncfort del Meno: Campus, 1994), pp. 78-88, en p. 80 s.

(Österreichische Volkspartei, ÖVP), en especial, se distanciaron abiertamente del comunismo, una postura con la que pretendían consolidar la nueva república austríaca y, al mismo tiempo, integrar a antiguos nacionalsocialistas en la sociedad de posguerra de Austria. Combinado con la visión apologética de Austria como la «primera víctima» del dominio nazi, el énfasis en la resistencia sirvió también para recuperar la autonomía de Austria frente a las potencias aliadas que ocuparon el estado. Los países victoriosos no concedieron la independencia al país hasta el tratado del 15 de mayo de 1955. Los socialistas del Partido Socialista de Austria (Sozialistische Partei Österreichs, SPÖ; desde 1991, Sozialdemokratische Partei Österreichs), así como el conservador y católico ÖVP compartieron el objetivo de legitimar y proteger la segunda República de Austria. En estas condiciones de un «antifascismo» respaldado por el estado, solo los comunistas abrazaron y sustentaron una cultura histórica auténticamente marxista. Así, el rumbo de Austria se diferenció del seguido por Gran Bretaña, Francia e Italia.¹⁴

Con todo, socialistas y comunistas coincidieron en sus críticas al estado autoritario que el canciller Engelbert Dollfuss estableció en 1933. Integrado por estamentos, debía superar la «lucha de clases» y garantizar la cooperación entre patronos, empleados y Estado. Dollfuss suprimió el movimiento obrero y la izquierda política y, después de 1945, socialistas y comunistas condenaron su gobierno autoritario y el régimen de su sucesor, Kurt Schuschnigg, como vías directas y rápidas al nacionalsocialismo. Frente al ÖVP, rechazaron el orden jerárquico de estamentos adoptado por el partido conservador y católico socialcristiano en la Austria de entreguerras. El ÖVP, por su parte, rechazó la apropiación en exclusiva de la resistencia por parte de los socialistas. Los conservadores, que rechazaban firmemente cualquier dejo de

14 M. Mugrauer. «Die Politik der KPÖ in den Jahren 1945 bis 1955/56», en M. Mugrauer (ed.) *90 Jahre KPÖ. Studien zur Geschichte der Kommunistischen Partei Österreichs* (Viena: Alfred Klahr Gesellschaft, 2009), pp. 37-52; M. Graf 2009) «Die KPÖ und Europa: Internationale Stellung und Europapolitik einer Kleinpartei (1945-heute)», en F. Di Palma y W. Müller (eds.) *Kommunismus und Europa... op. cit.*, pp. 240-60, en pp. 241-44; W. Mueller. «Kalter Krieg, Neutralität und politische Kultur in Österreich», *Aus Politik und Zeitgeschichte. Beilage zur Wochenzeitung «Das Parlament»* B 1/2, 2009, pp. 11-19, en p. 15; y Kroll, *Intellektuelle... op. cit.*, pp. 312-27. Sobre el legado estadista, véase E. Hanisch. *Der lange Schatten des Staates. Österreichische Gesellschaftsgeschichte des 20. Jahrhunderts* (Viena: Ueberreuter, 1994).

cultura política e histórica marxista, se aferraron a la ideología anticomunista del «occidente» europeo cristiano (es decir, católico). El ÖVP renegaba del «totalitarismo» que asociaba tanto con el nazismo como con el bolchevismo. Así, en el contexto de la Guerra Fría, ya antes de los cincuenta surgieron en Austria culturas políticas e históricas antagónicas, unidas indisolublemente a memorias contrarias y excluyentes. Aunque este antagonismo no impidió un consenso parcial sobre (un tipo de) resistencia contra el nazismo, los recursos al «antifascismo» en la política acabaron siendo una tradición en el transcurso de los sesenta. Por otro lado, se convirtieron también en una herramienta de formación de identidades y base de una cultura histórica marxista que, sin embargo, permaneció aislada en el país, quedando muy concentrada en Viena, donde la resistencia de izquierda fue más fuerte en el Tercer Reich, entre 1938 y 1945.¹⁵

- 15 G. Botz. «Die Waldheim-Affäre als Widerstreit kollektiver Erinnerungen», en B. Tódt y H. Czernin (eds.) *1986. Das Jahr, das Österreich veränderte* (Viena: Czernin Verlag, 2006), pp. 74-95, en p. 85; S. Loitfellner. «Hitlers erstes und letztes Opfer? Zwischen "Anschluss" und Auschwitz-Prozess: Zum Umgang Österreichs mit seiner NS-Vergangenheit», en K. von Lingen (ed.) *Kriegserfahrung und nationale Identität in Europa nach 1945: Erinnerung, Säuberungsprozesse und nationales Gedächtnis* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2009), pp. 150-69, en pp. 157, 165 s. Cita de Knight Waldheim-Kontext, p. 82. Véase también W. Manoschek. «"Aus der Asche dieses Krieges wieder auferstanden." Skizzen zum Umgang der Österreichischen Volkspartei mit Nationalsozialismus und Antisemitismus nach 1945», en W. Bergmann, R. Erb y A. Lichtblau (eds.) *Schwieriges Erbe. Der Umgang mit Nationalsozialismus und Antisemitismus in Österreich, der DDR und der BRD* (Fráncfort del Meno: Campus, 1995), pp. 49-64, sobre todo pp. 49-51, 59; E. Hanisch. «Opfer/Täter/Mythos: Verschlungene Erzählungen über die NS-Vergangenheit in Österreich», *Zeitgeschichte*, 6, 2006, pp. 318-27, en pp. 319 s., 322 s.; y E. Klamper. «Ein einzig Volk von Brüdern. Vergessen und Erinnern im Zeichen des Burgfriedens», *Zeitgeschichte*, 5/6, 1995, pp. 170-85, en pp. 174, 177, 179 s. Para una interpretación del estado autoritario austriaco, véase H. Uhl. *Zwischen Versöhnung und Verstörung. Eine Kontroverse um Österreichs historische Identität fünfzig Jahre nach dem "Anschluß"* (Viena: Böhlau, 1992), p. 442; H. Uhl. «Die Transformation des "österreichischen Gedächtnisses" in der Erinnerungskultur der Zweiten Republik», en *Geschichte und Region*, 13, 2, 2004, pp. 23-54, en pp. 34-36. Sobre el vínculo entre el concepto católico de «occidente» y el anticomunismo, véase A. Bauerkämper. «Zivilgesellschaftliches Engagement im Katholizismus? Die Debatte über das "christliche Abendland" in Deutschland, Österreich und Italien, 1945 bis 1965», en A. Bauerkämper y J. Nautz (eds.) *Zwischen Fürsorge und Seelsorge. Christliche Kirchen in den europäischen Zivilgesellschaften seit dem 18. Jahrhundert* (Fráncfort del Meno: Campus, 2009), pp. 175-214, en pp. 94-197.

Italia: el «antifascismo» como legado de la Resistenza

El antifascismo también fue una base importante de las culturas históricas marxistas en Italia. En términos más generales, sirvió de código en las controversias sobre el pasado reciente entre diferentes grupos sociales y partidos políticos. Aunque las interpretaciones marxistas del fascismo siguieron siendo marginales en la política italiana de las tres primeras décadas después de 1945, fueron populares entre muchos italianos, sobre todo porque atribuían la culpa y la responsabilidad en gran medida a grandes industriales y financieros. De esta forma, predominaron la victimización propia, las interpretaciones apologéticas y las visiones exculpatorias del pasado reciente. Mientras que los italianos subrayaban la opresión alemana (sobre todo entre 1943 y 1945), minimizaban el régimen Fascista de Mussolini que presentaban como menos violento que la dictadura nazi. De hecho, hasta el presente algunos políticos y estudiosos han seguido restando peso a la figura del Duce, un gobernante benevolente en esencia. Con la excepción del Movimiento Sociale Italiano (MSI) neofascista, todos los partidos contraponían el «malvado alemán» (*cattivo tedesco*) con el «buen italiano» (*bravo italiano*). En particular, el amplio consenso político sobre el Fascismo, el nazismo y la ocupación alemana incluía a la Resistenza, ensalzada por políticos e intelectuales como una lucha por la liberación de Italia. Más allá de los activistas «antifascistas», intelectuales como Benedetto Croce han restado importancia a la dictadura de Mussolini, como una «enfermedad» pasajera o un «paréntesis» en la historia de la nación.¹⁶

16 K. von Lingén. «“Giorni di Gloria”: Wiedergeburt der italienischen Nation in der Resistenza», en K. von Lingén (ed.) *Kriegserfahrung und Nationale Identität in Europa nach 1945. Erinnerung, Säuberungsprozesse und nationales Gedächtnis* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2009), pp. 389-408, en p. 389. Véase también C. Moos. «Die “guten” Italiener und die Zeitgeschichte. Zum Problem der Vergangenheitsbewältigung in Italien», *Historische Zeitschrift*, 259, 1994, 671-94, sobre todo p. 681 s.; F. Focardi. «Gedenktage und politische Öffentlichkeit in Italien, 1945-1995», en C. Cornelißen, L. Klinkhammer y W. Schwentker (eds.) *Erinnerungskulturen. Deutschland, Italien und Japan seit 1945* (Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch, 2003), pp. 210-21, en pp. 211 s.; F. Focardi. «Reshaping the Past: Collective Memory and the Second World War in Italy, 1945-1955», en D. Geppert (ed.) *The Postwar Challenge: Cultural, Social and Political Change in Western Europe, 1945-1958* (Oxford: Oxford University Press, 2003), pp. 41-63, en p. 45; H. Woller. «Der Rohstoff des kollektiven Gedächtnisses. Die Abrechnung mit dem

Los marxistas italianos compartieron la fijación con la resistencia «antifascista» e impidieron un debate abierto y autocrítico sobre la docilidad e incluso el apoyo entusiasta hacia la dictadura de Mussolini. La amnesia estuvo correlacionada con el ensalzamiento de la Resistenza, especialmente entre los años cincuenta y setenta. Aunque el PCI fue el que lo abrazó de forma más decidida, el mito del desafío y la resistencia exitosos frente al gobierno Fascista y la ocupación nazi arraigó profundamente en la cultura de la memoria de Italia. Ya a finales de 1945, una película como *Roma, città aperta* de Roberto Rossellini destacaba las dificultades de los combatientes de la resistencia italianos. El relato «antifascista» subrayaba también la unidad del pueblo y de los partisanos en la resistencia frente a los ocupantes alemanes entre 1943 y 1945. En la película de Rossellini, por ejemplo, un sacerdote compartía el destino de un comunista torturado. Este relato de una comunidad de sufrimiento también se consagró en monumentos conmemorativos como el monumento a las 335 víctimas de la masacre alemana de las Fosas Ardeatinas (cerca de Roma). También influyeron notablemente en el relato «antifascista» predominante organizaciones de los combatientes de la resistencia italiana, —como la Associazione nazionale tra le famiglie italiane dei martiri (ANFIM)—. Mujeres que participaron en la oposición a los Fascistas italianos y los nazis alemanes presentaron su lucha como la defensa de un orden «antifascista» de posguerra; su participación en la Resistenza pretendía aumentar el papel político de las mujeres, que no tuvieron derecho al voto hasta 1946. En general, el compromiso con el «antifascismo» fue aún más fuerte en la cultura política e histórica marxista de Italia, ya que los italianos necesitaban una excusa para su antigua entrega a la dictadura Fascista de Mussolini, que fue particularmente popular entre los años 1929 y 1935. A diferencia de lo que sucedió en Italia, franceses y austriacos fueron sometidos al fascismo por una potencia extranjera.¹⁷

Faschismus in Italien und ihre erfahrungsgeschichtliche Dimension», en C. Cornelißen, L. Klinkhammer y W. Schwentker (eds.) *Erinnerungskulturen... op. cit.*, pp. 67-76, en pp. 67, 70; y N. Stoltzfus y R. Bosworth. Memory and Representations of Fascism in Germany and Italy, en R. Bosworth (ed.) *The Oxford Handbook of Fascism* (Oxford: Oxford University Press, 2009), pp. 566-85, en p. 579 s.

17 N. Kramer. «Die "Trümmerfrau" und ihre Schwestern. Die Erinnerung an Frauen im Zweiten Weltkrieg in Westdeutschland, Großbritannien und Italien», *Ariad-*

El amplio consenso social en torno al «antifascismo» tuvo consecuencias encontradas. Por un lado, prestó credibilidad a las interpretaciones marxistas del pasado reciente, lo que les valió el respaldo (al menos parcial) a políticas marxistas, como la expropiación de empresarios de sectores clave de la economía. Por otro lado, sin embargo, ese amplio consenso impidió el surgimiento de una cultura histórica específicamente marxista, al contrario de lo que sucedió en Gran Bretaña. Lo que es más, siguió siendo objeto de disputa. Socialistas y comunistas discrepaban en la interpretación del pasado. En particular, el PCI y el Partido Socialista Italiano (PSI) rechazaban el «antifascismo» católico de la Democrazia Cristiana (DC). Por su parte, los políticos de la DC atacaron a los comunistas italianos, a los que acusaban de haber adoctrinado a prisioneros de guerra italianos en campos soviéticos entre 1941 y 1943 (lo que llevó al político comunista Edoardo D'Onofrio a demandar a políticos democristianos por difamación, aunque sin éxito). Además del legado de la Resistenza, los conflictos políticos entre partidos giraron en torno a reivindicaciones contrarias sobre la liberación de Italia. El 25 de abril de 1945 marcó el final del Fascismo italiano en las principales ciudades del norte de Italia. Sin embargo, el «Día de la Liberación» no llevó a la reconciliación entre el PCI y el PSI, sino que, por el contrario, los dirigentes de ambos partidos organizaron celebraciones conmemorativas independientes ya en 1948, enfrentados por entonces en la campaña electoral.¹⁸

Como en Francia, Austria, Gran Bretaña y (en especial) Alemania Occidental, la brecha entre culturas históricas marxistas y no marxistas se

ne. Forum für Frauen und Geschlechtergeschichte, 59, 2011, pp. 24-31, en p. 28 s.; F. N. Bohr. «Lobby eines Kriegsverbrechers. Offizielle und "stille" Hilfe aus der Bundesrepublik für den Häftling Herbert Kappler», *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, 90, 2010, 415-36, en p. 421; y T. Kroll, *Intellektuelle... op. cit.*, pp. 422-33.

- 18 I. Brandt. «Memoria, Politica, Polemica. Der 25. April in der italienischen Erinnerungskultur», en P. Terhoeven (ed.) *Italien, Blicke. Neue Perspektiven der italienischen Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts* (Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 2010), pp. 235-56, en pp. 242-44; T. Großbölting. «Le memorie della repubblica. Geschichtspolitik in Italien nach dem Zweiten Weltkrieg», en B. Stollberg-Rillinger (ed.) *Was heißt Kulturgeschichte des Politischen?* (Berlín: Duncker & Humblot, 2005), pp. 329-53, en p. 343; K. von Lingen «Giorni di Gloria»... *op. cit.*, p. 397; F. Focardi. «Gedenktage»... *op. cit.*, p. 214; y F. Focardi Reshaping, p. 54 s.

acrecentó por efecto de la escalada de la Guerra Fría en los años cincuenta. Aun así, diferentes mitos separaban también a socialistas y comunistas italianos. Aunque la DC adoptó un concepto más amplio de Resistencia tras la pérdida de votos en las elecciones generales de 1953, fue en los sesenta cuando volvieron a emerger a la superficie las coincidencias entre ese partido y la izquierda. Cuando el gobierno democristiano se fue abriendo gradualmente a la izquierda política (*apertura à sinistra*) a comienzos de los sesenta, el movimiento de resistencia se convirtió en mito nacional. Así, no es casual que la DC, el PSI y el PCI se unieran para celebrar la liberación de Italia el 25 de abril de 1963. Los que no abrazaron el consenso general fueron los miembros y simpatizantes del MSI, que siguieron condenando el 25 de abril de 1945 como un día de ignominiosa derrota nacional.¹⁹

Aun así, todos los partidos compartieron un silencio de grandes dimensiones sobre el apoyo popular a las políticas y los programas raciales y expansionistas de Mussolini. De igual modo, se ignoraron o minimizaron los crímenes de guerra que cometieron los soldados italianos en los Balcanes y en África. En conjunto, el «antifascismo» y la Resistenza se convirtieron en una «religión civil» profundamente arraigada en Italia en los años sesenta, lo que allanó el camino a la cooperación tácita y explícita entre democristianos y comunistas en la década siguiente.²⁰

En los años setenta, los terroristas de las Brigadas Rojas (Brigate Rosse) reclamaron para sí el legado de la lucha de resistencia contra los Fascistas italianos y los ocupantes alemanes entre 1943 y 1945. Pretendían con ello ganar legitimidad y el mito modeló su política simbólica. Algunos terroristas, por ejemplo, utilizaron de forma deliberada armas empleadas por los combatientes de la resistencia en la Segunda Guerra

19 L. Klinkhammer. «Der neue "Antifascismus" des Gianfranco Fini. Überlegungen zur italienischen Vergangenheitspolitik der letzten beiden Jahrzehnte», en P. Terhoeven (ed.) *Italien... op. cit.*, pp. 257-80.

20 Cita de J. Petersen. «Der Ort Mussolinis in der Geschichte Italiens nach 1945», en C. Dipper, L. Klinkhammer y A. Nützenadel (eds.) *Europäische Sozialgeschichte. Fs. Wolfgang Schieder* (Berlín: Duncker & Humblot, 2000), pp. 505-24, en p. 517. Véase también W. Schieder. «Die Verdrängung der faschistischen Tätervergangenheit im Nachkriegsitalien», en A.-W. Asserate and A. Mattioli (eds.) *Der erste faschistische Vernichtungskrieg. Die italienische Aggression gegen Äthiopien 1935-1941* (Colonia: SH-Verlag, 2006), pp. 177-97, en p. 187.

Mundial.²¹ Lo que es más, las Brigadas Rojas contaron inicialmente con el respaldo de intelectuales marxistas y prendieron en movimientos de protesta social como el Movimiento del '77. Por su parte, los comunistas de Italia cooperaron con los democristianos entre 1976 y 1979. Sujetos al «compromiso histórico (*Compromesso storico*) entre los dos partidos, los líderes comunistas rechazaron de forma rotunda el terrorismo de izquierda y se abstuvieron de respaldar abiertamente la protesta política y social radical. Con esta postura clara como telón de fondo, los ataques terroristas indiscriminados contra población civil desacreditaron cada vez más a las Brigadas Rojas, hasta que el secuestro del dirigente democristiano Aldo Moro en marzo de 1978 terminó de arrebatar su base social a los terroristas. Tras el asesinato del influyente político, el Congreso aprobó una legislación restrictiva destinada a reprimir el terrorismo en el país. Como consecuencia, el «antifascismo» perdió paulatinamente su influencia y las culturas históricas marxistas entraron en declive. Aun así, pocos políticos cuestionaron abiertamente el mito que acompañó a la nueva República de Italia desde su nacimiento en 1946. De hecho, el «antifascismo» continuaba garantizando y contando con un consenso básico entre los principales partidos políticos. Por otro lado, continuó impidiendo un debate abierto sobre la docilidad al fascismo tan extendida entre los italianos. También contradecían el mito del «antifascismo» las atrocidades perpetradas en Abisinia, en el norte de África y en el sudeste de Europa entre los años veinte y 1945.²²

- 21 Véase J. Hürter. «Anti-Terrorismus-Politik. Ein deutsch-italienischer Vergleich 1969-1982», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 57, 2009, pp. 329-48, en p. 332; A. Ventrone. «Der "permanente Bürgerkrieg" und der Staatsbegriff der politischen Linken im Italien der 1970er Jahre», en J. Hürter y G. E. Rusconi (eds.) *Die bleiernen Jahre: Staat und Terrorismus in der Bundesrepublik Deutschland und Italien, 1969-1982* (Múnich: Oldenbourg, 2010), pp. 107-16, en p. 112; y T. Hof. *Staat und Terrorismus in Italien 1969-1982* (Múnich: Oldenbourg, 2011), pp. 78, 87-89.
- 22 J. Wetzel. «Der Mythos des "braven Italieners"», en H. Graml, A. Königseder y J. Wetzel (eds.) *Vorurteil und Rassenhass. Antisemitismus in den faschistischen Bewegungen Europas* (Berlin: Metropol, 2001), pp. 49-74, en p. 72; P. Terhoeven. *Frauen im Widerstand. Das Beispiel der italienischen Resistenza*, *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 52, 2004, pp. 608-25; y P. Terhoeven. «"Der Tod und das Mädchen". Linksterroristinnen im Visier der italienischen und deutschen Öffentlichkeit», en L. Raphael y U. Schneider (eds.) *Dimensionen der Moderne. Fs. Christof Dipper* (Fráncfort del Meno: Peter Lang, 2008), pp. 437-56, en pp. 447, 453 s.

En los años setenta, el concepto aún no se reducía a las culturas históricas marxistas. De hecho, seguía asociado con el liberalismo y la democracia. Aferradas a la idea de templanza y moderación, las elites políticas de Italia trataron de contrarrestar el desafío planteado por el terrorismo de izquierda y de derecha. La amenaza procedente de los grupos marginales y extremistas sirvió para reforzar una vez más el concepto de «antifascismo», al tiempo que hizo resurgir las culturas históricas marxistas. Estas circunstancias eran diferentes de las de Gran Bretaña, donde el terrorismo del IRA se alimentó en mayor medida de resentimientos nacionalistas que de la protesta social. Igual que en Francia, sin embargo, el «antifascismo» contó con un fuerte apoyo de intelectuales de izquierda y contribuyó de forma significativa a la «aceptación de una democracia sin adjetivos». En conjunto, el «antifascismo» continuó siendo una ideología importante de legitimación de la república italiana de la posguerra. No por casualidad, la elección del 25 de mayo como día de conmemoración y celebración nacional solo fue cuestionada y criticada por los neonazis.²³

Como se ha señalado, sin embargo, las culturas históricas marxistas comenzaron a perder fuerza a finales de los setenta. La oposición conservadora al «Compromesso storico» y algunos intelectuales comenzaron a rechazar cada vez con más fuerza el «antifascismo» como pilar de la cultura política de Italia. El historiador Renzo de Felice fue quien más cuestionó el concepto como base de la república italiana posterior a la guerra. En sus estudios sobre el Fascismo italiano y en los varios volúmenes que componen su biografía de Mussolini, De Felice destacaba el amplio consenso con el que contó el régimen Fascista, en especial inmediatamente después de la conquista de Etiopía en los años 1935 y 1936. Al mismo tiempo, este influyente historiador conservador italiano llegó incluso a elogiar a Mussolini en retrospectiva como patriota italiano que habría servido a su país del mismo modo que los combatientes de la resistencia antifascista. De Felice también revisó la valoración de la República de Salò de Mussolini que estuvo bajo la tutela alemana entre 1943 y 1945. Esta interpretación coincidió con los intentos de

23 Cita de G. E. Rusconi. «Die italienische Resistenza auf dem Prüfstand», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 42, 1994, pp. 379-402, en p. 402 (en cursivas en el original).

convertir la resistencia antifascista en una guerra civil entre italianos. Al restar importancia al Fascismo italiano y demonizar el nacionalsocialismo alemán, De Felice incluso compartió algunas interpretaciones de los neo-Fascistas italianos del Movimento Sociale Italiano de Giorgio Almirante. Este rechazo declarado del «antifascismo» mostró las diferencias entre el debate de Italia y los que tuvieron lugar en Francia, donde la equiparación moral y política de colaboración y Résistance quedó reducida el Front National neofascista. No obstante, De Felice no pretendía en última instancia rehabilitar el Fascismo de Mussolini, sino privar al «antifascismo» de la exclusividad en la dignidad moral, reducir su influencia y socavar la fuerte cultura histórica marxista de Italia.²⁴

A finales de los ochenta, el «antifascismo» perdió fuerza como pilar de la cultura histórica marxista. En política, Bettino Craxi, presidente del PSI, sorprendió con su acercamiento al político neofascista Gianfranco Fini en 1987. Según Craxi, a finales de los ochenta el «antifascismo» se había convertido en algo ritual. También cuestionó los méritos democráticos de los comunistas con el fin de promover la independencia política del partido socialista del PCI. También en historiografía, la Resistencia perdió su posición central a fines de los ochenta y principios de los noventa. Claudio Pavone, por ejemplo, interpretó la lucha de resistencia en el norte de Italia entre 1943 y 1945 no solo como una guerra de liberación, sino también como conflicto social y guerra civil. Por otro lado, los historiadores comenzaron a investigar las políticas racistas de los Fascistas italianos, así como los crímenes de guerra cometidos por oficiales y soldados italianos durante la Segunda Guerra Mundial. A raíz del debate generado por la miniserie para televisión *Holocaust* de 1979, en el transcurso de la década de 1980, los historiadores italianos también prestaron mayor atención al antisemitismo Fascista y al exterminio de los judíos en la península. Aunque con un efecto reducido

24 E. Perra. «Narratives of Innocence and Victimhood: The Reception of the Miniseries Holocaust in Italy», en *Holocaust and Genocide Studies*, 22, 2008, pp. 411-40, en pp. 411 s., 414, 417, 420, 425-28. Véase también A. Bauerkämper. «Das umkämpfte Gedächtnis. Die Flucht Herbert Kapplers aus Italien 1977 und deutsch-italienische Erinnerungskonflikte», en *Zeitgeschichte*, 39, 2012, pp. 178-204; I. Brandt: Memoria, pp. 246 s. Sobre la interpretación de De Felice, véase R. De Felice. *Der Faschismus. Ein Interview mit Michael Ledeen* (Stuttgart: Clett-Kotta, 1977).

sobre las perspectivas populares sobre el Fascismo, también se cuestionaron las interpretaciones apologéticas.²⁵

A comienzos de los noventa, la cultura histórica marxista de Italia estuvo al borde del hundimiento. Entre las elecciones de abril de 1992 y marzo de 1994, los partidos tradicionales (DC, PSI y PCI, además de los republicanos, socialdemócratas y liberales) fueron derrotados. Sacudidos por dañinas acusaciones constantes de corrupción, socialistas y comunistas estuvieron a punto de desaparecer como fuerzas viables en la cultura política de Italia. También la sociedad del país se dividió en dos campos antagónicos. La brecha entre el compromiso «antifascista» tradicional y el nuevo populismo anticomunista recordaba incluso a algunos analistas a las divisiones existentes entre 1943 y 1945. Mientras que el final de la Guerra Fría socavó la legitimidad política de los partidos comunistas en los principales países de Europa occidental, en Italia prácticamente destruyó la cultura histórica y política marxista.²⁶

Al estar asociado con los desacreditados partidos tradicionales, el relato predominante hasta entonces de la Resistenza casi se ha volatilizado desde los años noventa. De hecho, los gobiernos de coalición del primer ministro Silvio Berlusconi —que sumó a los neofascistas de la Alleanza Nazionale (AN) de Fini— respaldaron las visiones apologéticas del Fascismo italiano y de la dictadura de Mussolini. El régimen ha sido menospreciado por destacados políticos. Al mismo tiempo, la inclusión de la AN —el partido sucesor del MSI— sacudió la cultura política de Italia. La Alleanza rechazaba la interpretación arraigada en Italia del 25 de abril como «Día de la Liberación» y propuso reformularlo como «Día de la Reconciliación». Así, Fini participó el 25 de abril de 1994 en un

25 O. Österberg. «Taming Ambiguities: The Representation of the Holocaust in Post-war Italy», en K.-G. Karsson y U. Zander (eds.) *The Holocaust on Post-war Battlefields. Genocide as Historical Culture* (Malmö: Sekel Bokförlag, 2006), pp. 21-52, en p. 34 s.; I. Pogguiloni. «Translating Memories of War and Co-belligerency into Politics. The Italian Post-war Experience», en J.-W. Müller (ed.) *Memory and Power in Postwar Europe* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002) pp. 223-43, en p. 237; y Schieder: «Verdrängung» *op. cit.*, p. 189 y s.

26 K. von Linggen. «“Resistenza-Mythos” und die Legende vom “Sauberen Krieg an der Südfrent”. Konstruktion von Kriegserinnerung in Italien und Deutschland 1945-2005», en B. Faulenbach y F.-J. Jelich (eds.) *Transformationen’ der Erinnerungskulturen in Europa nach 1989* (Essen: Klartext, 2006), pp. 329-64, en p. 345.

servicio religioso en honor de todas las víctimas italianas de la Segunda Guerra Mundial (incluidos los soldados que combatieron por Mussolini hasta 1945). Al equiparar a los Fascistas con sus rivales, el líder de la AN rechazaba de manera expresa el paradigma «antifascista» que sirvió de base para la cultura marxista de Italia y que tanto había influido en la política del país. Otro político del partido neofascista, Francesco Storace, exigió la revisión de los libros de texto que, según defendía, estaban manipulados para distorsionar la historia reciente de Italia en favor del relato «antifascista». En conjunto, el colapso del sistema tradicional de partidos y la desaparición de la arraigada cultura política socavaron el «antifascismo». Aunque no solo socialistas y comunistas compartían este paradigma, en Italia su declive destruyó las culturas históricas marxistas en mayor grado que lo que sucedió en Austria, Gran Bretaña o Francia.²⁷

Francia: el «antifascismo» como consenso frágil entre gaullistas y comunistas

En la cuarta y la quinta repúblicas francesas, el líder de la «Francia libre» en Londres, Charles de Gaulle, así como los comunistas y los socialistas subrayaron la lucha de resistencia contra los ocupantes alemanes. Al menos hasta los años setenta, se ensalzaron el sacrificio nacional en el combate contra los ejércitos de ocupación alemanes y el régimen colaboracionista del mariscal Philippe Pétain. Sin embargo, las culturas históricas marxistas siguieron segregadas de las narrativas nacionalistas de los partidarios de Gaulle. El «antifascismo» promovido por el PCF subrayaba la resistencia del movimiento obrero en general y de los comunistas en particular. No es casual que el PCF respaldara las impresionantes huelgas que se celebraron en mayo de 1947 con el apoyo de Confédération Générale du Travail, asociación sindical de inspiración comunista. Mientras defendían las políticas de la URSS en la nueva Guerra Fría, los dirigentes del partido al mando del comunista

27 F. Focardi. «Gedenktage», *op. cit.*, pp. 217, 219; I. Brandt. «Memoria», *op. cit.*, p. 249 s.; L. Klinkhammer. «Antifaschismus», *op. cit.*, pp. 257-60; N. Stoltzfus y R. Bosworth. «Memory», *op. cit.*, p. 580 s.; y T. Großbölting. «Le memorie della repubblica», *op. cit.*, p. 350 s.

ortodoxo Maurice Thorez redoblaron las críticas a los socialistas entre 1947 y 1948.²⁸

Por su parte, los católicos y los nacionalistas franceses recalcaron la oposición específicamente religiosa y burguesa a las autoridades de ocupación y la colaboración de Pétain. Sin embargo, el relato gaullista y comunista silenció o arrinconó las memorias de la humillante derrota de Francia en 1940, el sometimiento al régimen nazi, y la docilidad y colaboración hasta 1944. Estas versiones del «antifascismo» no incluían a víctimas indefensas como los judíos. En una línea similar, la historiografía marxista y nacionalista culpó a las fuerzas de ocupación alemanas de los crímenes de guerra cometidos en Francia, mientras que se echó tierra a la participación francesa. Este «antifascismo» selectivo profundamente arraigado en la cultura histórica marxista y en la política francesas también resultaba de la distancia geográfica entre Francia y los lugares de exterminio de masas de los judíos en Europa del Este. Solo en 1995, el presidente Jacques Chirac admitió de manera oficial que el exterminio de los judíos habría sido imposible sin el respaldo francés.²⁹

Nada más terminar la guerra, colaboradores franceses de alto rango como Pétain y su primer ministro Pierre Laval fueron sentenciados a muerte. Mas tarde, Pétain fue indultado por su reputación como «salvador» de Francia en la Primera Guerra Mundial y acabó muriendo en junio de 1951, mientras cumplía pena de cadena perpetua. En general, los dirigentes colaboracionistas fueron depurados entre los años 1944 y 1946. Los marxistas respaldaron con firmeza esta *épuration*, que coincidió con el ensalzamiento de la lucha de resistencia «antifascista» de los franceses contra los ocupantes alemanes y el régimen autoritario de Pétain. En los años sesenta y setenta, la búsqueda del consenso y de seguridad predominaron en Francia de la misma forma que en Italia. En

28 U. Pfeil. «Europapolitik und Europavorstellungen des PCF», en F. Di Palma and W. Müller (eds.) *Kommunismus und Europa* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2016), pp. 159-79, en p. 161 s.; A. Meyer. *Täter im Verhör. Die «Endlösung der Judenfrage» in Frankreich 1940-1944* (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2005), pp. 297 s., 310, 349, 356; O. Wieviorka. (2012) *Divided Memory. French Recollections of World War II from the Liberation to the Present* (Stanford: Stanford University Press), pp. 171, 173; y Kröll. *Intellektuelle, op. cit.*, pp. 134-220.

29 A. Meyer. *Täter im Verhör op. cit.*, pp. 297 s., 310, 349, 356; y O. Wieviorka. *Divided Memory, op. cit.*, pp. 171, 173.

el intento de cerrar viejas heridas y de salvar la brecha entre nacionalistas y comunistas, el presidente de la Quinta República (instituida en 1958) Charles de Gaulle proclamó la reconciliación nacional. Con este acercamiento político como telón de fondo, las culturas históricas marxistas ganaron cada vez más influencia en los debates públicos sobre la historia de Francia durante la Segunda Guerra Mundial. También la historiografía adoptó enfoques marxistas que subrayaban la «lucha de clases» como rasgo clave del «antifascismo». Además, el KPF siguió alimentando su lucha de resistencia y aferrado al ideal del «mártir».³⁰

Desde finales de los años setenta, sin embargo, la cultura histórica marxista perdió su poder aglutinante y su influencia. En el ámbito de la política, se redoblaron las tensiones entre socialistas. Al contrario de lo que hizo el PCI, el PCF apoyó la represión de la Primavera de Praga en Checoslovaquia. Además, su adhesión al «eurocomunismo» fue poco entusiasta en los setenta. Los comunistas franceses vacilaron entre su apuesta por las doctrinas soviéticas ortodoxas y un enfoque más pragmático con el que allanar el camino a su participación en el primer gobierno de François Mitterrand entre 1981 y 1983. El PCF también estuvo dividido entre los simpatizantes de la URSS y los del nuevo eurocomunismo que contaba con un fuerte respaldo del PCI y del Partido Comunista de España de Santiago Carrillo. Debido a esas fisuras y divisiones, la influencia del «antifascismo» marxista decayó en Francia. Aun así, su erosión también se debió a un cambio de valoración de gran alcance del exterminio en masa de los judíos. A partir de la miniserie de televisión *Holocaust* de 1979, las víctimas judías fueron ganando prominencia en la cultura francesa de la memoria. Con todo, los aspectos concretos del Holocausto dificultaron la integración en las culturas históricas marxistas. Aunque los intelectuales franceses de izquierda compartieron este problema con sus colegas de otros países de Europa occidental, la división existente en 1983 entre

30 Cita de P. Lagrou. Frankreich, en V. Knigge y N. Frei (eds.) *Verbrechen erinnern. Die Auseinandersetzung mit Holocaust und Völkermord* (Múnich: C.H. Beck Verlag, 2002), pp. 163-75, en p. 173. Véase también Richard J. Golsan. «The Legacy of World War II in France. Mapping the Discourses of Memory», en R. N. Lebow, W. Kansteiner y C. Fogu (eds.) *The Politics of Memory in Post-War Europe* (Durham, NC: Duke University Press, 2006), pp. 73-101, en p. 93.

comunistas y socialistas socavó de forma perdurable el atractivo de la cultura histórica marxista.³¹

Conclusiones: el «antifascismo» como código. Memorias de la Segunda Guerra Mundial y las culturas históricas marxistas en la Europa de la Guerra Fría

Fuera del marxismo, el «antifascismo» resultó atractivo para algunos grupos sociales y políticos de Europa occidental. Como código, facilitaba el intercambio sobre problemas centrales de política interna e internacional. Además, sirvió para que políticos e intelectuales tomaran posturas en conflictos sobre la relación entre las democracias occidentales y las dictaduras comunistas de Europa del Este. En las culturas históricas marxistas, el «antifascismo» justificaba la crítica de la economía capitalista y de unas democracias occidentales estigmatizadas como meros escaparates, sobre todo por los comunistas. No todos los socialistas compartían esta interpretación, por lo que las culturas históricas y políticas marxistas no fueron ni mucho menos uniformes ni homogéneas. No obstante, como pilar de la ideología marxista, los conceptos e interpretaciones heterodoxos del «antifascismo» encontraron incluso un apoyo momentáneo entre socialistas y socialdemócratas. Por su parte, las nociones conservadoras de «antifascismo» habitualmente rechazaron una revolución o una transformación profunda de la economía capitalista y de la sociedad burguesa.

Sin embargo, como base de la historiografía de posguerra y componente central de la cultura histórica de la Guerra Fría, la popularidad del «antifascismo» no se redujo al comunismo y al socialismo. Su atractivo no solo resultaba de su carácter apologético. Mientras que el «antifascismo» marxista culpaba a capitalistas y financieros, no destacaba el amplio respaldo con el que contó el fascismo ni la colaboración durante la ocupación nazi. Tras las primeras depuraciones, antiguos nazis, fascistas

31 U. Pfeil. «Der Mythos von den "Bruderparteien". Die Beziehungen zwischen der SED und der Parti Communiste Français seit den siebziger Jahren», en A. Bauerkämper y F. Di Palma (eds.) *Bruderparteien, op. cit.*, pp. 69-84; F. Di Palma. «Die SED, die Kommunistische Partei Frankreichs (PCF) und die Kommunistische Partei Italiens (PCI) von 1968 bis in die Achtzigerjahre. Ein kritischer Einblick in das Dreiecksverhältnis», *Deutschland Archiv*, 43, 80-89, 2010, en p. 88.

y colaboracionistas pudieron reintegrarse en sus sociedades, sobre todo tras el inicio de la Guerra Fría a finales de los cuarenta. A este respecto, el «antifascismo» marxista cumplió un propósito similar en Europa occidental y oriental. Aun así, en las dictaduras comunistas se redujo a la resistencia de un grupo minúsculo de la población. De hecho, el respaldo del antifascismo comunista se convirtió en prueba de fuego de lealtad a la URSS en las nuevas «democracias del pueblo», en cuanto la Unión Soviética prohibió las actividades independientes de los comités antifascistas, no solo en la zona soviética de ocupación de Alemania, sino también en países como Checoslovaquia y Polonia. De este modo, el «antifascismo» se convirtió en una doctrina impuesta «desde arriba» por los gobernantes, aunque también fue popular entre ciudadanos comunes en las «democracias del pueblo» de Europa del Este. Por su parte, en Europa occidental las culturas históricas marxistas y el «antifascismo» fueron puestos en cuestión por culturas históricas rivales.³²

En las democracias de posguerra, el «antifascismo» apuntaló las culturas históricas marxistas que, sin embargo, se extendían más allá de socialistas y comunistas. De hecho, desde fuera del marxismo se recurrió al «antifascismo» para subrayar los problemas de asumir el pasado nazi de la República Federal de Alemania. En los años sesenta y setenta, cuando el país se transformó en una potencia económica destacada en Europa, crecieron los celos y la desconfianza en los países vecinos que fueron ocupados por el Tercer Reich. En particular, la designación de antiguos nazis en posiciones influyentes y de alto rango de la República Federal fue duramente criticada en países como Francia, Italia, Países Bajos y Noruega. No es casual que la pretensión del SED de representar a la «Alemania mejor» también calara hondo entre no marxistas de Euro-

32 J. Michelmann, *Aktivisten... op. cit.*, pp. 360, 364, 369-72. Sobre el carácter selectivo del «antifascismo», véase J. Danyel. «Die Opfer- und Verfolgtenperspektive als Gründungskonsens? Zum Umgang mit der Widerstandstradition und der Schuldfrage in der DDR», en J. Danyel (ed.) *Vergangenheit... op. cit.*, pp. 31-46, en pp. 34, 36, 42; J. Danyel. «Der 20. Juli», en E. François y H. Schulze (eds.) *Deutsche Erinnerungsorte, vol. 2* (Múnich: C.H. Beck, 2001), pp. 220-37, en p. 233; A. Weinke. *Verfolgung... op. cit.*, pp. 336, 352, 354; y C. Classen. *Faschismus und Antifaschismus. Die nationalsozialistische Vergangenheit im ostdeutschen Hörfunk, 1945-1953* (Colonia: Böhlau, 2004), pp. 76 s., 183, 263, 312-15.

pa occidental.³³ En sus países, el «antifascismo» sirvió así de herramienta para ganar superioridad moral frente a la sospechosa vecina Alemania Occidental. En conjunto, en la Europa de posguerra, el «antifascismo» estuvo fuertemente relacionado con muy variados modos de legitimación política no solo diferentes sino en ocasiones opuestos. Sirvió para fines diversos. Entre otras cosas, el «antifascismo» creó y transformó identidades y perspectivas de los otros, por ejemplo, al asociar la República Federal con su pasado nazi. Como código, el «antifascismo» estuvo profundamente arraigado en las culturas históricas marxistas. Aunque su influencia no se redujo ni mucho menos a comunistas y socialistas, las concepciones heterodoxas del término eran demasiado vagas y estuvieron contaminadas por dictaduras de estilo soviético que aprovecharon e instrumentalizaron abiertamente el «antifascismo». Como herramienta para la interpretación del pasado, estuvo siempre vinculado a culturas políticas marxistas heterogéneas y fragmentadas.

Referencias

- Bauerkämper, A. «Einleitung: Großbritannien und die DDR. Wahrnehmungen, Beziehungen und Verflechtungen im Ost-West-Konflikt» A. Bauerkämper (ed.) *Britain and the GDR: Relations and Perceptions in a Divided World* (Berlín: Philo, 2002), pp. 7-41.
- Bauerkämper, A. «Ein asymmetrisches Verhältnis. Gesellschaftliche und kulturelle Kontakte zwischen Großbritannien und der DDR von den sechziger bis zu den achtziger Jahren», *Archiv für Sozialgeschichte*, 45, 2005, pp. 43-58.
- Bauerkämper, A. «Zivilgesellschaftliches Engagement im Katholizismus? Die Debatte über das "christliche Abendland" in Deutschland, Österreich und Italien, 1945 bis 1965», en A. Bauerkämper and J. Nautz (eds.) *Zwischen Fürsorge und Seelsorge. Christliche Kirchen in den europäischen Zivilgesellschaften seit dem 18. Jahrhundert* (Fráncfort del Meno: Campus, 2009), pp. 175-214.

33 J. Pekelder. *Die Niederlande und die DDR. Bildformung und Beziehungen 1949-1989* (Münster: Agenda Verlag, 2002), pp. 287, 295, 325, 353.

- Bauerkämper, A. «Das umkämpfte Gedächtnis. Die Flucht Herbert Kapplers aus Italien 1977 und deutsch-italienische Erinnerungskonflikte», en *Zeitgeschichte*, 39, 2012, pp. 178-204.
- Bauerkämper, A. *Das umstrittene Gedächtnis. Die Erinnerung an Nationalsozialismus, Faschismus und Krieg in Europa seit 1945* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2012).
- Becker, B. (1991) Die DDR und Großbritannien 1945/49 bis 1973. Politische, wirtschaftliche und kulturelle Kontakte im Zeichen der Nichtanerkennungspolitik (tesis doctoral, Universität Bochum).
- Berger, S. y LaPorte, N. *Friendly Enemies. Britain and the GDR, 1949-1990* (Nueva York: Berghahn, 2010).
- Berger, S. y Lilleker, D. G. «Blutrünstige Diktatur, das bessere Deutschland oder Stolpersteine auf dem Weg zu einer friedlichen Koexistenz? Die DDR im Blick der britischen Labour Party, 1949-1973», en A. Bauerkämper (ed.) *Britain and the GDR: Relations and Perceptions in a Divided World* (Berlín: Philo, 2002), pp. 235-65.
- Berger, S. y Lilleker, D. G. «The British Labour Party and the German Democratic Republic During the Era of Non-Recognition, 1949-1973», *Historical Journal*, 45, 2002, pp. 433-58.
- Bischof, G. «Die Instrumentalisierung der Moskauer Erklärung nach dem Zweiten Weltkrieg», *Zeitgeschichte*, 20, 1993, pp. 346-52.
- Bohr, F. N. «Lobby eines Kriegsverbrechers. Offizielle und "stille" Hilfe aus der Bundesrepublik für den Häftling Herbert Kappler», *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, 90, 2010, pp. 415-36.
- Botz, G. «Die "Waldheim-Affäre als Widerstreit kollektiver Erinnerungen», en B. Tódt y H. Czernin (eds.) 1986. *Das Jahr, das Österreich veränderte* (Viena: Czernin Verlag, 2006), pp. 74-95.
- Brandt, I. «Memoria, Politica, Polemica. Der 25. April in der italienischen Erinnerungskultur», en P. Terhoeven (ed.) *Italien, Blicke. Neue Perspektiven der italienischen Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts* (Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 2010), pp. 235-56.
- Broszat, M. y Weber, H. *SBZ-Handbuch. Staatliche Verwaltungen, Parteien, gesellschaftliche Organisationen und ihre Führungskräfte in der*

- Sowjetischen Besatzungszone Deutschlands 1945-1949* (München: Oldenbourg, 1990).
- Childs, D. «British Labour and Ulbricht's State. The Fight for Recognition», en A. M. Birke y G. Heydemann (eds.) *Großbritannien und Ostdeutschland seit 1918* (München: K. G. Saur, 1992), pp. 95-106.
- Childs, D. «The Changing British Perception of the GDR: a Personal Memoir», en A. Bauerkämper (ed.) *Britain and the GDR: Relations and Perceptions in a Divided World* (Berlín: Philo, 2002), pp. 375-96.
- Classen, C. *Faschismus und Antifaschismus. Die nationalsozialistische Vergangenheit im ostdeutschen Hörfunk, 1945-1953* (Colonia: Böhlau, 2004).
- Danyel, J. «Die Opfer- und Verfolgtenperspektive als Gründungskonsens? Zum Umgang mit der Widerstandstradition und der Schuldfrage in der DDR», en J. Danyel (ed.) *Die geteilte Vergangenheit. Zum Umgang mit Nationalsozialismus und Widerstand in beiden deutschen Staaten* (Berlín: Akademie, 1995), pp. 31-46.
- Danyel, J. «Der 20. Juli'», en E. François and H. Schulze (eds.) *Deutsche Erinnerungsorte*, vol. 2 (München: C.H. Beck, 2001), pp. 220-37.
- De Felice, R. *Der Faschismus. Ein Interview mit Michael Ledeen* (Stuttgart: Clett-Kotta, 1977).
- Di Palma, F. «Die SED, die Kommunistische Partei Frankreichs (PCF) und die Kommunistische Partei Italiens (PCI) von 1968 bis in die Achtzigerjahre. Ein kritischer Einblick in das Dreiecksverhältnis», *Deutschland Archiv*, 43, 2010, pp. 80-89.
- Focardi, F. «Gedenktage und politische Öffentlichkeit in Italien, 1945-1995», en C. Cornelißen, L. Klinkhammer y W. Schwentker (eds.) *Erinnerungskulturen. Deutschland, Italien und Japan seit 1945* (Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch, 2003), pp. 210-21.
- Focardi, F. «Reshaping the Past: Collective Memory and the Second World War in Italy, 1945-1955», en D. Geppert (ed.) *The Postwar Challenge: Cultural, Social and Political Change in Western Europe, 1945-1958* (Oxford: Oxford University Press, 2003), pp. 41-63.

- García, H., Yusta, M., Tabet, X. y Clímaco, C. (eds.) *Rethinking Antifascism: History, Memory and Politics, 1922 to the Present* (Nueva York: Berghahn, 2016).
- Golsan, R. J. «The Legacy of World War II in France. Mapping the Discourses of Memory», en R. N. Lebow, W. Kansteiner y C. Fogu (eds.) *The Politics of Memory in Post-War Europe* (Durham, NC: Duke University Press, 2006), pp. 73-101.
- Golz, H.-G. *Verordnete Völkerfreundschaft. Das Wirken der Freundschaftsgesellschaft DDR-Großbritannien und der Britain-GDR Society – Möglichkeiten und Grenzen* (Leipzig: Leipziger Universitätsverlag, 2004).
- Graf, M. «Die KPÖ und Europa: Internationale Stellung und Europapolitik einer Kleinpartei (1945-heute)», en F. Di Palma and W. Müller (eds.) *Kommunismus und Europa* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2009), pp. 240-60.
- Großbölting, T. «Le memorie della repubblica. Geschichtspolitik in Italien nach dem Zweiten Weltkrieg», en B. Stollberg-Rillinger (ed.) *Was heißt Kulturgeschichte des Politischen?* (Berlín: Duncker & Humblot, 2005), pp. 329-53.
- Hanisch, E. *Der lange Schatten des Staates. Österreichische Gesellschaftsgeschichte des 20. Jahrhunderts* (Viena: Ueberreuter, 1994).
- Hanisch, E. «Opfer/Täter/Mythos: Verschlungene Erzählungen über die NS-Vergangenheit in Österreich» *Zeitgeschichte*, 6, 2006, pp. 318-27.
- Herbst, A., Ranke, W. y Winkler, J. *So funktionierte die DDR, Bd. 3: Lexikon der Funktionäre* (Reinbek: Rohwolt, 1994).
- Hof, T. *Staat und Terrorismus in Italien 1969-1982* (Múnich: Oldenbourg, 2011).
- Hoff, H. *Großbritannien und die DDR 1955-1973. Diplomatie auf Umwegen* (Múnich: R. Oldenbourg Verlag, 2003).
- Howarth, M. «Das Berliner Dreieck. Großbritannien und die beiden deutschen Staaten 1989/90», *Deutschland Archiv (DA)*, 34, 2001, pp. 955-66.

- Howarth, M. «The Berlin Triangle. Britain and the Two German States in the 1980s», en A. Bauerkämper (ed.) *Britain and the GDR: Relations and Perceptions in a Divided World* (Berlin: Philo, 2002), pp. 173-98.
- Hürter, J. «Anti-Terrorismus-Politik. Ein deutsch-italienischer Vergleich 1969-1982», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 57, 2009, pp. 329-48.
- Kaeselitz, H. «Positionen westeuropäischer Kommunistischer Parteien im Übergang zur Politik des Kalten Krieges», *Utopie kreativ*, 96, 1998, pp. 61-70.
- Keßler, M. *Exilerfahrung in Wissenschaft und Politik. Remigrierte Historiker in der frühen DDR* (Colonia: Böhlau, 2001).
- Kettenacker, L. «Englische Spekulationen über die Deutschen», en G. Trautmann (ed.) *Die häßlichen Deutschen? Deutschland im Spiegel der westlichen und östlichen Nachbarn* (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1991), pp. 194-208.
- Kettenacker, L. «Zwangsläufige deutsche Dominanz? – Über Konstanten britischer Europaperzeptionen» *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte*, 26, 1997, pp. 235-49.
- Klamper, E. «Ein einig Volk von Brüdern. Vergessen und Erinnern im Zeichen des Burgfriedens», *Zeitgeschichte*, 5/6, 1995, pp. 170-85.
- Klinkhammer, L. «Der neue "Antifaschismus" des Gianfranco Fini. Überlegungen zur italienischen Vergangenheitspolitik der letzten beiden Jahrzehnte», P. Terhoeven (ed.) *Italien, Italien, Blicke. Neue Perspektiven der italienischen Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts* (Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 2010), pp. 257-80.
- Knight, R. «Der Waldheim-Kontext. Österreich und der Nationalsozialismus», en G. Botz y G. Sprengnagel (eds.) *Kontroversen um Österreichs Zeitgeschichte* (Fráncfort del Meno: Campus, 1994), pp. 78-88.
- Kramer, N. «Die "Trümmerfrau" und ihre Schwestern. Die Erinnerung an Frauen im Zweiten Weltkrieg in Westdeutschland, Großbritannien und Italien», en *Ariadne. Forum für Frauen und Geschlechtergeschichte*, 59, 2011, pp. 24-31.

- Kroll, T. *Kommunistische Intellektuelle in Westeuropa. Frankreich, Österreich, Italien und Großbritannien im Vergleich* (Colonia: Böhlau, 2007).
- Lagrou, P. «Frankreich», en V. Knigge y N. Frei (eds.) *Verbrechen erinnern. Die Auseinandersetzung mit Holocaust und Völkermord* (München: C.H. Beck Verlag, 2002), pp. 163-75.
- Larres, K. «Britain and the GDR: Political and Economic Relations, 1949-1989», en K. Larres y E. Meehan (eds.) *Uneasy Allies: British-German Relations and European Integration Since 1945* (Oxford: Oxford University Press, 2000), pp. 63-98.
- Lee, S. «Perception and Reality: Anglo-German Relations During the Berlin Crisis 1958-1959», *German History*, 13, 1995, pp. 47-69.
- Lemke, M. «Instrumentalisierter Antifascismus und SED Kampagnenpolitik im deutschen Sonderkonflikt 1960-1968», en J. Danyel (ed.) *Die geteilte Vergangenheit. Zum Umgang mit Nationalsozialismus und Widerstand in beiden deutschen Staaten* (Berlín: Akademie, 1995), pp. 61-86.
- Lemke, M. «Kampagnen gegen Bonn. Die Systemkrise der DDR und die West-Propaganda der SED 1960-1963», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 41, 1999, pp. 153-74.
- Loitfellner, S. «Hitlers erstes und letztes Opfer? Zwischen “Anschluss” und Auschwitz-Prozess: Zum Umgang Österreichs mit seiner NS-Vergangenheit», en K. von Lingen (ed.) *Kriegserfahrung und nationale Identität in Europa nach 1945: Erinnerung, Säuberungsprozesse und nationales Gedächtnis* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2009), pp. 150-69.
- Manoschek, W. «“Aus der Asche dieses Krieges wieder auferstanden.” Skizzen zum Umgang der Österreichischen Volkspartei mit Nationalsozialismus und Antisemitismus nach 1945», en W. Bergmann, R. Erb and A. Lichtblau (eds.) *Schwieriges Erbe. Der Umgang mit Nationalsozialismus und Antisemitismus in Österreich, der DDR und der BRD* (Fráncfort del Meno: Campus, 1995), pp. 49-64.
- Meyer, A. *Täter im Verhör. Die «Endlösung der Judenfrage» in Frankreich 1940-1944* (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2005).

- Michelmann, J. *Aktivistinnen der ersten Stunde. Die Antifa in der Sowjetischen Besatzungszone* (Colonia: Böhlau, 2002).
- Moos, C. «Die „guten“ Italiener und die Zeitgeschichte. Zum Problem der Vergangenheitsbewältigung in Italien», *Historische Zeitschrift*, 259, 1994, pp. 671-94.
- Morgan, K. «Ein besonderer Weg oder ein Irrweg? Britische Kommunisten und die KPD/SED als stalinistisches Beispiel», en A. Bauerkämper y F. Di Palma (eds.) *Bruderparteien jenseits des Eisernen Vorhangs. Die Beziehungen der SED zu den kommunistischen Parteien Westund Südeuropas (1968-1989)* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2011), pp. 102-22.
- Mueller, W. «Kalter Krieg, Neutralität und politische Kultur in Österreich», *Aus Politik und Zeitgeschichte. Beilage zur Wochenzeitung „Das Parlament“* B 1/2, 2009, pp. 11-19.
- Mugrauer, M. «Die Politik der KPÖ in den Jahren 1945 bis 1955/56», en M. Mugrauer (ed.) *90 Jahre KPÖ. Studien zur Geschichte der Kommunistischen Partei Österreichs* (Viena: Alfred Klahr Gesellschaft, 2009), pp. 37-52.
- Müller, W. «Die KPdSU und Europa im Kalten Krieg: Blockpolitik im Osten, Antiblockpolitik im Westen», en F. Di Palma y W. Müller (eds.) *Kommunismus und Europa. Europapolitik und -vorstellungen europäischer kommunistischer Parteien im Kalten Krieg* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2016), pp. 29-51.
- Münkler, H. «Antifaschismus und antifaschistischer Widerstand als Gründungsmythos der DDR», *Politik und Zeitgeschichte*, 45, 1998, pp. 16-29.
- Noakes, L. «Making Histories: Experiencing the Blitz in London's Museums in the 1990s», en M. Evans y K. Lunn (eds.) *War and Memory in the Twentieth Century* (Oxford: Berg, 1997), pp. 89-104.
- Österberg, O. «Taming Ambiguities: The Representation of the Holocaust in Post-war Italy», en K.-G. Karsson y U. Zander (eds.) *The Holocaust on Postwar Battlefields. Genocide as Historical Culture* (Malmö: Sekel Bokförlag, 2006), pp. 21-52.
- Peet, J. *Der Spion der keiner war* (Viena: Europa Verlag, 1991).

- Pekelder, J. *Die Niederlande und die DDR. Bildformung und Beziehungen 1949-1989* (Münster: Agenda Verlag, 2002).
- Perra, E. «Narratives of Innocence and Victimhood: The Reception of the Miniseries Holocaust in Italy», *Holocaust and Genocide Studies*, 22, 2008, pp. 411-40.
- Petersen, J. «Der Ort Mussolinis in der Geschichte Italiens nach 1945», en C. Dipper, L. Klinkhammer y A. Nützenadel (eds.) *Europäische Sozialgeschichte. Fs. Wolfgang Schieder* (Berlín: Duncker & Humblot, 2000), pp. 505-24.
- Pfeil, U. «Der Mythos von den “Bruderparteien”. Die Beziehungen zwischen der SED und der Parti Communiste Français seit den siebziger Jahren», en A. Bauerkämper y F. Di Palma (eds.) *Bruderparteien jenseits des Eisernen Vorhangs. Die Beziehungen der SED zu den kommunistischen Parteien Westund Südeuropas (1968-1989)* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2010), pp. 69-84.
- Pfeil, U. «Europapolitik und Europavorstellungen des PCF», en F. Di Palma y W. Müller (eds.) *Kommunismus und Europa* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2016), pp. 159-79.
- Pogguilioni, I. «Translating Memories of War and Co-belligerency into Politics. The Italian Post-war Experience», en J.-W. Müller (ed.) *Memory and Power in Postwar Europe* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002), pp. 223-43.
- Ramsden, J. «Mythen und Realitäten des ‘People’s War’ in Großbritannien», en J. Echternkamp y S. Martens (eds.) *Der Zweite Weltkrieg in Europa. Erfahrung und Erinnerung* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2007), pp. 65-77.
- Rusconi, G. E. «Die italienische Resistenza auf dem Prüfstand», *Vierteljahrschrift für Zeitgeschichte*, 42, 1994, pp. 379-402.
- Schieder, W. «Die Verdrängung der faschistischen Tätervergangenheit im Nachkriegsitalien», en A.-W. Asserate y A. Mattioli (eds.) *Der erste faschistische Vernichtungskrieg. Die italienische Aggression gegen Äthiopien 1935-1941* (Colonia: SH-Verlag, 2006), pp. 177-97.
- Scholtzseck, J. *Die Außenpolitik der DDR* (München: Oldenbourg, 2003).

- Stibbe, M. «Jürgen Kuczynski and the Search for a (Non-existent) Western Spy Ring in the East German Communist Party in 1953», *Contemporary European History*, 20, 2001, pp. 61-79.
- Stoltzfus, N. and Bosworth, R. «Memory and Representations of Fascism in Germany and Italy» R. Bosworth (ed.) *The Oxford Handbook of Fascism* (Oxford: Oxford University Press, 2009), pp. 566-85.
- Süß, D. *Tod aus der Luft. Kriegsgesellschaft und Luftkrieg in Deutschland und England* (München: Siedler Verlag, 2011).
- Syriatou, A. «Großbritannien. Der Krieg wird uns zusammenhalten», en M. Flacke (ed.) *Mythen der Nationen. 1945 – Arena der Erinnerungen*, vol. 1 (Mainz: Philipp von Zabern, 2004), pp. 285-313.
- Terhoeven, P. «Frauen im Widerstand. Das Beispiel der italienischen Resistenza», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 52, 2004, pp. 608-25.
- Terhoeven, P. «“Der Tod und das Mädchen”. Linksterroristinnen im Visier der italienischen und deutschen Öffentlichkeit», en L. Raphael y U. Schneider (eds.) *Dimensionen der Moderne. Fs. Christof Dipper* (Fráncfort del Meno: Peter Lang, 2008), pp. 437-56.
- Uhl, H. *Zwischen Versöhnung und Verstörung. Eine Kontroverse um Österreichs historische Identität fünfzig Jahre nach dem ‘Anschluß’* (Vienna: Böhlau, 1992).
- Uhl, H. «Die Transformation des “österreichischen Gedächtnisses” in der Erinnerungskultur der Zweiten Republik», *Geschichte und Region*, 13, 2, 2004, pp. 23-54.
- Ventrone, A. «Der “permanente Bürgerkrieg” und der Staatsbegriff der politischen Linken im Italien der 1970er Jahr», en J. Hürter y G. E. Rusconi (eds.) *Die bleiernen Jahre: Staat und Terrorismus in der Bundesrepublik Deutschland und Italien, 1969-1982* (München: Oldenbourg, 2010), pp. 107-16.
- Von Lingen, K. «“Resistenza-Mythos” und die Legende vom “Sauberen Krieg an der Südfront”. Konstruktion von Kriegserinnerung in Italien und Deutschland 1945-2005», B. Faulenbach y F.-J. Jelich (eds.) *‘Transformationen’ der Erinnerungskulturen in Europa nach 1989* (Essen: Klartext, 2006), pp. 329-64.

- Von Lingen, K. «“Giorni di Gloria”: Wiedergeburt der italienischen Nation in der Resistenza», en K. von Lingen (ed.) *Kriegserfahrung und Nationale Identität in Europa nach 1945. Erinnerung, Säuberungsprozesse und nationales Gedächtnis* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2009), pp. 389-408.
- Wachs, P.-C. *Der Fall Theodor Oberländer (1905-1998). Ein Lehrstück deutscher Geschichte* (Fráncfort del Meno: Campus, 2000).
- Weinke, A. *Die Verfolgung von NS Tätern im geteilten Deutschland. Vergangenheitsbewältigungen 1949-1969 oder: Eine deutsch-deutsche Beziehungsgeschichte im Kalten Krieg* (Paderborn: Ferdinand Schöningh, 2002).
- Wetzell, J. «Der Mythos des “braven Italieners“», en H. Graml, A. Königseder y J. Wetzell (eds.) *Vorurteil und Rassenhass. Antisemitismus in den faschistischen Bewegungen Europas* (Berlín: Metropol, 2001), pp. 49-74.
- Wieviorka, O. *Divided Memory. French Recollections of World War II from the Liberation to the Present* (Stanford: Stanford University Press, 2012).
- Woller, H. «Der Rohstoff des kollektiven Gedächtnisses. Die Abrechnung mit dem Faschismus in Italien und ihre erfahrungsgeschichtliche Dimension», en C. Cornelißen, L. Klinkhammer y W. Schwentker (eds.) *Erinnerungskulturen. Deutschland, Italien und Japan seit 1945* (Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch, 2003), pp. 67-76.